

REBECCA YARROS

DONDE TODO COMIENZA

Título original: *Reason to Believe*

Copyright © 2021 por Yarros Ink, Inc.

Esta edición se publica mediante acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L.
y The Fury Agency.

Traducido por: Yara Trevethan Gaxiola

Ilustración de portada: © Best smile studio / Shutterstock y © Jill Battaglia / Trevillion Images

Créditos de portada: Lidia Vilamajor

Fotografía de la autora: © Katie Marie Seniors

Derechos reservados

© 2026, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.

Bajo el sello editorial PLANETA M.R.

Avenida Presidente Masaryk núm. 111,

Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo

C.P. 11560, Ciudad de México

www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: abril de 2026

ISBN Volumen: 978-607-39-4200-3

ISBN Obra Completa: 978-607-39-4199-0

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra dirijase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, Ciudad de México

Impreso y hecho en México - *Printed and made in Mexico*

CAPÍTULO 1

Knox

Hace siete años

Me asomé al refrigerador y saqué un par de refrescos de marcas desconocidas. Prefería beber alcohol, pues la semana de exámenes finales había sido espantosa, pero la señora Anders jamás lo habría permitido.

¿Ryker? Claro. Él ya tenía veintiún años.

Sin embargo, yo aún tenía veinte por seis meses más. Era la eterna maldición por haberme saltado el segundo grado, estaba en el mismo salón que mis amigos, aunque siempre era un año más joven.

—Oye, Ry, ¿me puedes pasar el *boutonnière* de Vic? —preguntó una voz cadenciosa y femenina.

Mi pulso se aceleró.

Me puse de pie y me enderecé lo más que pude. Con movimientos mecánicos, bajé del segundo estante la caja transparente que contenía la rosa blanca.

Sentí cómo su respiración contenida recorría cada nervio de mi cuerpo y, despacio, volteé. Al verla, mis dedos se contrajeron y abollaron los costados de la frágil caja de plástico.

—Knox.

Sus ojos se abrieron con sorpresa y terminó de pronunciar mi nombre con esa respiración entrecortada que siempre me hacía sentir un nudo en el estómago.

—Harper —respondí, logrando formular la palabra sin tragarme la lengua.

—No... no sabía que estabas aquí.

Llevaba recogido el largo cabello rubio en un peinado suave que invitaba a pasar las manos sobre él y su vestido *strapless*, del mismo color verde azulado que sus ojos, abrazaba cada maldita curva en su camino al suelo.

Harper ya no era la niña que nos seguía por la estación de bomberos cuando éramos pequeños. Ya tenía dieciocho años. Era una mujer adulta alistándose para su fiesta de graduación.

También era la hermana pequeña de mi mejor amigo.

Hermana pequeña. Así era precisamente como se suponía que debía pensar en ella, ya que había pasado la mayor parte de mi adolescencia en esta casa. Sin embargo, mis pensamientos eran todo menos fraternales mientras seguía el movimiento de sus pechos que se elevaban con cada aliento. Tenía labios carnosos y con brillo, una piel perfecta y pestañas increíblemente largas. Desde el año anterior había pasado de ser hermosa, siempre lo había sido, a ser... bellísima. Carajo, era de verdad espléndida.

Y yo la miraba fijamente.

«Di algo».

—Apenas regresé hoy. Conduje hasta aquí con Ryker.

Dejé el *boutonnière* y los refrescos a un lado y me recargué sobre la barra, embriagándome de su presencia.

No me era ajeno el afecto que ella siempre había sentido por mí. Oh, no, lo sabía muy bien, pero había mantenido mis manos lejos de Harper por tres razones. La primera era que no podía permitirme hacer enojar a Ryker; él y nuestro mejor amigo, Bash, eran la única familia que me quedaba aparte de mi abuela. ¿La segunda razón? Mis antecedentes sociales y penales en este pueblo eran tan largos que constituían una prueba de que no era digno de ser algo más que su amigo. ¿La tercera? Tenía todas las intenciones de convertirme en un bombero de la brigada de élite, igual que lo fueron nuestros padres, como Bash ya lo era, pero Harper no quería tener relación alguna con esa vida.

No podía culparla. Habían pasado apenas cuatro años desde que el incendio en Legacy Mountain había reducido a nuestro pueblo, y a nuestros padres, a cenizas.

—Ya veo. —Me lanzó una sonrisa temblorosa y sacudió la cabeza—. Digo, sabía que habías vuelto, solo que no sabía que estabas en casa. —Hizo una mueca y se ruborizó—. No que no debas estar en casa. Claro que deberías. Siempre has pasado mucho tiempo aquí y siempre eres bienvenido, lo sabes. Es más, tienes llave. Es solo que no me di cuenta de que estabas... ya sabes, aquí.

Terminó su balbuceo y entrelazó los dedos de sus manos.

Dios mío, la había extrañado. No tenía sentido ocultar mi sonrisa. Adoraba eso de ella, sus balbuceos. Para todos los demás en nuestro pequeño pueblo de Legacy, Colorado, Harper era genial, decidida y completamente empoderada, pero, cuando estábamos a tres metros uno del otro, se ponía nerviosa. La mitad de las veces la molestaba a propósito solo para ponerla nerviosa. Era mía como nadie más lo era, mía para aturdirla, para protegerla, incluso para adorarla... pero jamás para tocarla.

—Te ves hermosa.

—Gracias. —Pasó las palmas de las manos sobre la cintura alta adornada de su vestido y las detuvo en sus caderas—. Es la fiesta de graduación.

—Ya me di cuenta.

Cruzó la cocina y pasó frente a mí para tomar la pequeña caja de plástico. Harper era diminuta, era, fácil, treinta centímetros más baja que yo, que medía un metro noventa de estatura. Aunque ella llevara tacones, yo era mucho más alto.

Le echó un vistazo al reloj de la estufa y tragó saliva.

—Ya casi es hora.

Su mano temblaba al deslizar el elástico plateado que rodeaba la caja y al desabrochar los botones de plástico.

Algo no estaba bien.

—¿Por qué estás nerviosa? —pregunté en voz baja; sabía que Ryker llegaría en cualquier momento y, frente a él, ella no diría una sola palabra.

Mi miró de inmediato, esos ojos verde-azulados me alteraban como ningunos otros en los tres años que viví en Boulder. No es

que no haya estado con otras chicas, siempre las había, sino que ninguna de ellas me afectaba como Harper, lo que era muy preocupante. Si hubiera sido cualquier otra persona...

«Basta».

La caja se le cayó de las manos.

—Harper, ¿por qué estás nerviosa? —insistí.

—No lo estoy —mintió con descaro al tiempo que recogía el *boutonnière* del piso antes de que yo pudiera hacerlo.

Las manos aún le temblaban un poco cuando dejó la caja sobre la barra, luego enderezó los hombros y alzó la barbilla, lanzando una sonrisa falsa que me puso los pelos de punta.

—Es bueno verte, Knox.

Me ignoró y se marchó caminando por el pasillo.

«Déjala ir».

Pero no podía hacerlo. Era evidente que algo le molestaba. Contra mi propio juicio, la seguí por el corredor y me recargué en el umbral de la puerta abierta del baño de la planta baja, donde examinaba su maquillaje ya perfecto y revisaba el contenido de su pequeño bolso.

—¿Qué, Knox? —espetó cruzando mi mirada en el reflejo del espejo.

—¿Por qué estás nerviosa? —pregunté de nuevo—. Y esta vez no me mientas.

De sus ojos salieron chispas.

«Nerviosa».

—¿Es por el tipo? —pregunté entrando al baño; ella retrocedió hasta que su espalda golpeó el toallero, colocado en un pequeño espacio. Cerré la puerta y me recargué en ella—. Solo estamos nosotros dos y te prometo que no le diré a Ry, pero, por favor, dime por qué te temblaban las manos. Se supone que la fiesta de graduación debe ser divertida.

Apretó los labios.

—¿Lo dices por lo mucho que te divertiste con Angie Crawford después?

Parpadeé.

—¿Cómo sabes...?

—No soy tonta, Knoxville Daniels —dijo cruzando los brazos bajo sus pechos.

Allí estaba, el nombre con el que nadie más se atrevía a llamarme, pero Harper lo blandía como si fuera suyo. Supongo que, en cierto sentido, lo era.

—Sí, bueno, me la pasé bien con Angie —acepté. Un muy buen momento en el que ambos terminamos desnudos en la ribera del lago Hawkins—. Espera, ¿crees que este tipo te va a presionar para que te acuestes con él? Porque, carajo, lo mato...

Su mano me cubrió la boca antes de que pudiera terminar.

—¡Shhh! Si Ryker te oye, moriré virgen.

«Un momento. ¿Qué?». Esa idea no me molestaba.

Me fulminó con la mirada.

—No bromeo. Me llevó una eternidad encontrar a alguien que no estuviera aterrado de ustedes tres y accediera a llevarme al baile, así que no me lo van a echar a perder. —Bajó la mano despacio—. Bastante tengo con que Bash vaya a ir con Emerson, lo que significa que tendré que evitar a mi mejor amiga toda la noche.

—¿Eres virgen?

—Fue lo único que oíste, ¿verdad?

—Tal vez.

Mierda, sí, lo único. Harper hablaba mucho; continuamente bromeaba con Emerson y le decía que tenía que acostarse con Bash, quien se mordía los nudillos esperando con ansias que Em cumpliera dieciocho años.

—Supongo que por la manera en la que hablas, pensé...

Me miró con una ceja arqueada.

—¿Que tenía experiencia?

—Que tenías pleno control de tu sexualidad —corregí, sabiendo lo rápido que Harper usaría esa frase en mi contra.

—Y así es, tengo pleno control de lo que quiero y de cómo voy a obtenerlo, pero antes de irse a la universidad, Ryker, Bash y... tú

—me golpeó el pecho con el índice— ahuyentaron a casi todos los chicos de la preparatoria Legacy. Ustedes tres son como un campo de fuerza mortal, así que no es que haya tenido la oportunidad. Ahora voy a mi fiesta de graduación como una virgen a la que nunca han besado con un chico que tiene mucha más experiencia, según afirman casi un cuarto de las chicas de último grado. Así que, sí, quizá estoy un poco nerviosa de hacerlo mal y que se dé cuenta de que soy... —Sacudió la cabeza.

—Virgen —repetí.

Me pregunté a quién no había logrado ahuyentar de Harper. Los tres habíamos sido bastante minuciosos en una preparatoria que solo contaba con un par de cientos de alumnos. Un momento... ¿dijo «a la que nunca han besado»?

—¿Por qué sigues diciendo esa palabra?

—Porque lo eres —respondí encogiéndome de hombros.

—No por mucho tiempo. Esta es la cita con la que todos sueñan, ¿no? Perder la virginidad en la noche de graduación.

Le hubiera creído su bravuconería si su voz no se hubiera agudizado y el labio no le hubiera temblado un poco.

—No para todos. Se supone que debes esperar a estar enamorada. Ese es el sueño.

Y era lo que ella se merecía.

—¿Y tú estabas enamorado de Angie Crawford?

¿Percibía celos en su tono?

—No. Y ella no fue mi primera.

Ni mi segunda.

Harper abrió la boca de par en par, pero luego la cerró de golpe.

—¿Cuántas han sido? ¿Amaste a la primera?

Esa sencilla pregunta era capciosa, no solo curiosa, sino íntima.

—No —respondí sinceramente—. Nunca he estado enamorado.

—No era capaz—. Aunque, mi récord no es algo a lo que se debería aspirar.

En todo caso, había evidencias de lo absolutamente dañado que estaba. Iba de chica en chica como una abeja en busca de polen;

siempre en busca de algo que no podía encontrar y desaparecía antes de que la otra persona tuviera la oportunidad de hacerlo.

Se relajó un poco.

—Bueno, por lo menos tú no eres un virgen a quien nunca han besado, ¿cierto? —Forzó una risita—. No estabas nervioso en tu fiesta de graduación.

—Harper —murmuré, tenía el estómago hecho un nudo, odiaba que ella se sintiera así en este momento—. ¿Quieres que este tipo sea tu primero en... todo?

Ignoré el dolor en el pecho que pedía a gritos que ella dijera que no.

Desvió la mirada hacia la pared y se encogió un poco de hombros.

—No es así como deberías sentirte.

Levanté su barbilla con suavidad hasta que nos miramos a los ojos. Era demasiado hermosa, más de lo que le convenía. Demasiado inteligente, amable, apasionada, endiabladamente perfecta. Quienquiera que fuera ese maldito tipo, no se merecía nada de ella; aunque, yo tampoco fuera digno.

—Los besos... el sexo... no es algo que se deba hacer solo para quitárselo de encima. Se trata de una necesidad mutua, de cariño y deseo. Es anhelar algo, a alguien, con tantas ganas que no te queda otra opción más que tocarlo. Si tienes suerte, se trata de amor y de usar tu cuerpo para comunicarlo, no solo para que lo posean. Si estás tan nerviosa, no pierdas algo tan precioso como tu primer beso, tu primera vez, con alguien cuya única cualidad es no tener miedo de Bash y de Ryker.

—O de ti —añadió.

Un instinto protector y primitivo, que no tenía derecho a sentir, recorrió mi espalda.

—Sí, bueno, debería tenerme miedo. Si te hace algo que tú no quieras, te prometo que lo haré pedazos; no me importan ni Bash ni Ryker. Todo lo que tienes que hacer es llamarme y estaré ahí para acabar con él.

Nadie iba a tocarla sin su absoluta participación. Mierda, no quería que nadie la tocara, punto, pero esa no era mi decisión. No importaba que cada fibra de mi cuerpo reclamara de pronto algún tipo de derecho sobre la única mujer a la que no tenía permitido desear.

—Enséñame —murmuró.

—¿Mi número de teléfono? —pregunté llevando la mano al bolsillo trasero para sacar mi teléfono.

—No. Enséñame... el deseo, la necesidad. Bésame.

«Ca-ra-jo». Todos los músculos de mi cuerpo se tensaron cuando me concentré en su boca.

—Harper...

—¿Qué más te da un beso? Es probable que hayas dado miles. Un beso era todo si era con ella.

La cordura entraba en conflicto con mis instintos y mi egoísmo vencía todo pensamiento racional. Yo quería ese beso. Yo quería ser el primero en sentir la suavidad de sus labios, en escuchar los sonidos que salieran de su boca. Quería enseñarle lo bien que te puede hacer sentir un beso, cómo era un acto completo. Yo quería ser el hombre con el que comparara a todos los otros después de este momento. Eso no estaba bien.

—¿Por favor? No le diré a nadie —prometió—. Solo... enséñame. Sé que puedes. ¿Qué pasa si nunca lo siento y lo que pase esta noche...? Confío en ti. —Sonrió—. Eres Knox.

«Mierda». El deseo se transformó en una suerte de necesidad que no podía negar, no cuando me miraba de esa manera. Lo imposible se convirtió en lo inevitable en menos de un latido.

«No puedes».

—Harper... —Tomé su rostro entre mis manos y con los pulgares acaricié sus pómulos suavemente—. No es bue...

Se puso de puntitas y me plantó un beso en la boca con fuerza, con los labios cerrados; se acabó antes de que yo pudiera reaccionar. Se alejó y me miró con aprehensión y los ojos muy abiertos.

—Me besaste —dije despacio.

Me había dado su primer beso, a mí. No al tipo que estaba en camino para venir a recogerla. A nadie de la escuela, sino a mí.

«Era mía».

—Lo hice. Y ahora, ya me han besado.

Su única reacción fue encogerse de hombros.

—No, no te han besado.

Bien, me iría al infierno porque esto ya no podría parar. Ese besito rápido fue el primer copo de nieve que inició la avalancha. Lo único que podía hacer era aferrarme y esperar que ambos sobreviviéramos. Bajé la cabeza hacia la de ella, dándole toda la eternidad para alejarse.

—Aún no —agregué.

Harper contuvo el aliento, parpadeó y cerró los ojos un segundo antes de que la besara. Rocé sus labios con los míos como si tuviéramos todo el tiempo del mundo. Eran mucho más suaves de lo que había imaginado.

Suspiró y la besé de nuevo; succioné con delicadeza su labio inferior y dejé que mi lengua se deslizara sobre su piel carnosa. Nunca había tenido tanto cuidado con una chica, calculaba y saboreaba cada uno de mis movimientos y reacciones, pero, claro, nunca antes había besado a Harper.

—Knox —murmuró adelantándose por más.

Se lo di. La besé con un poco más de pasión. Pasé la lengua sobre el contorno de sus labios. Un calor intenso recorrió todo mi cuerpo, me quemó los nervios, abrasó el sonido de mi nombre en sus labios para grabarlo en mi memoria. Contuvo el aliento y me hundí en su boca con un gemido. Deslicé los dedos entre su cabello.

Mi lengua acarició la suya y saboreé algo dulce que no pude definir. Aprendía rápido, se movía y me acariciaba como si se derritiera contra mi cuerpo. Carajo, era perfecto, cercano a lo divino. La hice girar conmigo hasta que quedó contra el mueble del lavabo y me pegué a su cuerpo.

Ella gimió, entrelazó sus brazos alrededor de mi cuello y me jaló hacia ella.

Dios mío, era muy bueno. Muy, muy bueno. Demasiado. Tenía que detenerme.

Su lengua encontró el camino hacia mi boca y toda resolución de alejarme cayó por la borda. Me exploró, me acarició, y yo la besé con más fuerza; anhelaba que me marcara, que dejara evidencia de cuánto la deseaba.

De cierta forma, me pareció que este también era mi primer beso.

Hundió las uñas en mi nuca y casi pierdo el poco autocontrol que me quedaba. Quería que esas uñas rasgaran mi espalda y dejaran delgadas líneas rojas en mi piel. Deseaba a Harper. Solo a Harper. La quería tener debajo de mí, que sus muslos abrazaran mis caderas, que su espalda se arqueara cuando le provocara un orgasmo. Mi pene palpitaba con el pensamiento de lo caliente que estaría cuando la penetrara, al imaginar cómo le enseñaría a moverse y cómo me enseñaría ella a amar.

Tomé el control del beso y me incliné sobre ella para hacerle sentir exactamente lo mucho que la deseaba. Movié las caderas contra mi cuerpo y un ruido sordo surgió de su pecho.

Mi control se quebró y tomé su boca como hubiera querido tomar su cuerpo, con caricias largas y seguras. Nuestras lenguas se retorcieron y enredaron hasta que el beso pasó de una lenta exploración sensual a un incendio, una necesidad abrasadora. Tomé su cabeza entre mis manos y la incliné para besarla con mayor profundidad; sabía que, si las movía lo más mínimo, se perderían bajo su vestido para descubrir si estaba por completo derretida.

Me mordió un labio y lo succionó, lo que hizo que se me escapara un gemido. Ella era más suave que la seda, todo lo que yo quería y no podía tener.

Nunca.

Esto era una locura y tenía que pararlo.

Hice que el beso fuera más lento para sacar cada gramo de placer del simple roce de nuestras bocas. Luego, con una última caricia prolongada de mis labios, alcé la cabeza.

—Harper —murmuré con reverencia mientras tocaba su frente con la mía.

—Knoxville —respondió en un suspiro.

Sus manos recorrieron mis mejillas y rozó con las yemas de sus dedos mi barba incipiente.

—Ahora, ya te han besado.

Me tomó todo el autocontrol del que disponía para no besarla de nuevo.

Ella asintió despacio y rozó con los dedos sus labios hinchados.

—¿Siempre es así?

—¿Así, cómo?

Apenas podía pensar, ¿cómo es que ella lograba formular una frase completa?

—Tan necesario como el aire. Como si fueras a morir si te detuvieras, como si el dolor te quemara viva.

Extendió el brazo para tocarme.

Di dos pasos hacia atrás hasta que mi espalda tocó la pared. Tenía que salir de ese baño antes de perder lo poco que me quedaba de cordura.

—¿Así es? —volvió a preguntar con los ojos brillantes.

Debí mentir, debí haberle dicho que un beso es solo un beso, pero no podía. No, porque los últimos minutos habían sacado mi maldito mundo de su propio eje, porque mi gravedad había cambiado del centro de la tierra... a ella.

—No.

Fue la palabra más honesta y condenatoria que jamás había pronunciado.

Encima de nosotros sonaron unos pasos fuertes, alguien bajaba la escalera. «Ryker». Mi estómago dio un vuelco. Me daría una paliza si nos encontraba aquí así, y la merecía.

—Esto no puede volver a pasar —agregué—. No entre nosotros.

Aunque él me rompiera la cara por lo que acababa de pasar, valió la pena.

Su rostro se ensombreció.

—¿Qué? ¿Por qué?

«Porque eres peligrosa. Porque tienes el poder de despedazarme. Porque eres todo lo que siempre he querido y nada de lo que merezco. Porque hay algo roto en mí que ni tú puedes arreglar. Porque eres la hermanita de Ryker. Tú elige».

—Porque no se puede —respondí, luego salí volando de la pequeña habitación.

Avancé rápido por el pasillo y me encontré a Ryker en la cocina.

—¿Dónde estabas? —preguntó.

—En el baño —respondí.

—¿Qué tienes en la cara?

Me pasé la mano por la boca. Eran motitas de brillantina: el brillo labial de Harper.

—Nada.

Ryker me miró de manera extraña, pero yo volteé a ver de inmediato al joven que llegaba de la sala; caminaba con esa falsa arrogancia que, en otro momento, me habría hecho reír, pero no ahora. ¿Vic Donaldson? ¿Hablaban en serio? Desde el primer año ya era un perfecto imbécil y sospechaba que eso no había cambiado desde que me gradué. Maldito idiota. Un idiota en esmoque... porque iba a llevar a Harper a la fiesta.

A mi Harper.

«No es tuya». Bueno, tampoco de él.

En dos segundos, me paré frente al chico, aprovechando cada centímetro de mi estatura para intimidarlo.

—¿Sabes quién soy?

Me miró con ira, pero asintió. Era bueno saber que mi reputación seguía intacta.

—¿Ves mi cara? —La señalé para asegurarme de que entendía.

—Sí, pues, la veo —espetó, pero se puso lívido.

—Bien, porque, si la tocas sin su consentimiento expreso, absoluto y sobrio, o si siquiera piensas en lastimarla, esta cara será lo último que veas cuando te haga pedazos. ¿Entendiste?

—¡Guau! —exclamó Ryker acercándose con expresión adusta.

—¿Me en-ten-dis-te, con un carajo?

Por mis venas corrían unos celos ardientes.

—Entiendo —confirmó el chico.

—Knox —dijo Harper a mi espalda.

Lo miré fijamente unos segundos más hasta que se convenció de que llevaría a cabo mi amenaza. Luego, di media vuelta para enfrentar a Harper. La confusión le hizo fruncir las cejas y sus labios seguían hinchados por nuestro beso.

Los mismos labios que Vic intentaría besar esta noche. Las náuseas me revolvieron el estómago.

—¿Por qué? —preguntó Harper.

Ambos sabíamos que no preguntaba por qué acababa de amenazar de muerte a su compañero de baile.

—Porque eres la hermana pequeña de Ryker.

Era la única respuesta que le dejaría el corazón intacto, que la mantendría a salvo de mí.

La devastación se apoderó de sus rasgos con tal rapidez que pensé que lo había imaginado, pero se irguió y forzó una sonrisa.

—Bien. Vic, ¿nos vamos?

—Estás muy sexi —comentó el tipo, con el carisma de un borracho de fraternidad universitaria.

—Niños, ¿están listos? ¡Encontré la cámara! —exclamó la señora Anders al bajar la escalera.

Mientras la señora Anders tomaba fotos, me paré firme junto a Ryker en la cocina, deseando que mi refresco fuera tequila. Tensé la mandíbula cuando Vic puso la mano sobre la cintura de Harper y la acercó a él. Prensé en mi mano la lata vacía. Esto no estaba bien.

Con cada segundo que pasaba, algo salvaje en mi interior se hacía más estridente, más infame, más furioso, hasta que gritaba y me arañaba las entrañas para salir, para ser escuchado. Me pedía que sacara a Vic de la casa a patadas y que sea yo mismo quien llevara a Harper.

«Hazlo».

Quizá Ryker entendería. Quizá nos desearía buena suerte. Quizá la única razón por la que nunca me interesó nadie en la escuela fue porque estaba esperando a... Harper. Ryker era mi mejor amigo, mi familia. Sabía que jamás la lastimaría intencionalmente.

«Intencionalmente».

Veinte años de amistad estaban en juego, pero se trataba de Harper. De mi Harper. Incluso si no era mía, yo era suyo. Tal vez yo no era digno de ella y, al final, acabaría por arruinar todo para ambos, pero quizá no. Era posible que valiera la pena.

—¿Knox? —preguntó Ryker en voz baja sin dejar de mirar a Harper y a Vic.

—¿Sí?

Puse la lata aplastada en la barra y me preparé para actuar.

—Eres mi mejor amigo y te considero como un hermano, por lo que solo te voy a decir esto una vez.

—¿Qué?

Entrecerré los ojos cuando Vic abrazó a Harper contra su pecho.

—Esa lista que tenemos, en la que ponemos el nombre de una chica que nadie puede tocar...

—Sí, ¿qué con eso?

La lista había sido idea de Bash y puso en ella a Emerson como su chica hacía muchos años. ¿El castigo por tocar a una de las chicas de la lista? Ruptura inmediata de nuestra amistad, sin embargo, ni Ryker ni yo habíamos estado lo suficientemente interesados como para reclamar nuestro derecho sobre alguien.

—Estoy listo para nombrar a la mía. —La voz de mi amigo, que por lo general era relajada, me pareció monótona.

Miré a mi mejor amigo a los ojos y su expresión era glacial.

—Mi chica es Harper.

Pronunció las palabras con tranquilidad, con una calma escalofriante que me advertía que no tendría piedad.

El salvaje que vivía en mí, el que se guiaba por el instinto y que ansiaba a Harper más que al aire, se sublevó cuando las palabras

de Ryker golpearon mi yugular emocional. Un dolor que me era por completo desconocido me despedazó las entrañas, rasgó cada una de mis células hasta dejarme en un charco de sangre y arrepentimiento.

—¿Entiendes? —preguntó frunciendo el ceño.

Nunca me había pedido nada en todos los años que habíamos sido amigos, pero esta no era una solicitud. Era una orden, un decreto, un ultimátum.

Mi mirada se encontró brevemente con la de Harper, luego ella se volteó para que le tomaran otra foto. Nunca la merecería. Diablos, Ryker me conocía muy bien. Si de alguna manera se dio cuenta de lo que había en mi mirada y ni así creía que fuera lo suficientemente bueno para su hermana, entonces no lo era.

—¿Knox? —insistió.

Me quedé quieto, gritando en silencio cuando Harper me lanzó una última mirada mientras Vic la llevaba a la salida. La puerta de cristal se azotó con tal brutalidad que mi corazón trastabilló, luego se tranquilizó al pensar en lo que pudo haber pasado justo ahí en la cocina.

Nunca sería mía.

—Entiendo.